

RASGOS OLMECAS DE LA CHALCHIUHTLICUE TEOTIHUACANA

*Rubén Bonifaz Nuño**

Un imponente bloque prismático define, en principio, con sus superficies y sus aristas, la apariencia de esta imagen, llamada de Chalchihuitlicue, “La de la falda de jade” (fig. 1). Sosegadas por horizontales líneas y secciones, ascienden, buscando su convergencia en un vértice ideal, las aristas de la base, las piernas, los brazos, la masa principal del tocado.

La gravedad de la imagen se aligera, además, por medio de un sapiente sistema de diagonales más acentuadas y de curvas, así como por el espacio que irrumpe, a los lados de las piernas, en el amplio volumen.

Suaves curvas redondean los hombros, ablandan el borde del huipil que se dobla sobre los antebrazos y las manos; curvos son el contorno del rostro, las cejas, los párpados, los iris, los labios; pares de círculos concéntricos son las magnas orejeras apoyadas en gruesas bandas. Otro círculo se ahueca, bajo el centro de la curva formada por la triple hilera de rectángulos del collar situado abajo del mentón. Las curvas se multiplican, en ganchos de término espiriforme, sobre la banda previa a la que bordea, marcada por diagonales incisivas, el huipil y la falda.

Encima de la plancha del pedestal, sustentan la imagen las delgadas plataformas de la suela de las sandalias; en ellas se asientan los pies, cuyos dedos muestran los extremos: constituyen bandas integradas por rectángulos verticales. Sube en diagonal el empeine; en diagonal también, los lados de las correas

* Seminario de Estudios para la Descolonización de México

triangulares que salen del remate de la sandalia misma, el cual figura una suerte de abanico de finas bandas sesgadas.

Las diagonales más poderosas se encuentran en la manera de la falda, estructurada claramente como una sección de pirámide, y en la placa superpuesta al bloque del tocado, así como en el ascenso del borde del huipil antes de colocarse sobre las muñecas y ser asido por las manos.

La falda, dividida en franjas horizontales, lleva la más alta de éstas ilustrada con una sucesión de bandas relevadas que se cruzan, generando así los cinco puntos del quincunce, y dando lugar, entre ellas, a una serie de cuadrados sostenidos en uno de sus ángulos.

El tocado es un gran prisma dividido horizontalmente por una recta ranura; sobre él se instala la placa antes mencionada, sugerente así mismo de una parte de pirámide, y recorrida de adelante atrás por una hendedura en V.

Enorme es el rostro, de abultado entrecejo, largos ojos, ancha nariz y breve boca, ésta de gruesos labios, el superior de los cuales está hendido verticalmente en su centro. Apoya el mentón en lo alto del pecho, dado que la imagen carece de cuello.

Los pequeños brazos se doblan y ponen las manos sobre el cuerpo, a nivel de la cintura.

Forma humana y templo a la vez, la ingente imagen ha sido a menudo objeto de calificaciones calumniosas. Se ha dicho, por ejemplo, que constituye un relieve esculpido al frente de un bloque cerrado. Basta con verla sin prejuicio para advertir el pleno volumen del tocado, del rostro, del torso echado hacia atrás, de la falda como cuerpo básico de pirámide, para percatarse de que, bajo ésta, las piernas retroceden y, al separarse, abren paso al espacio circundante.

Pero eso, en realidad, no es de significación mayor; las obras plásticas de la cultura prehispánica, a las cuales, de acuerdo con el mero gusto de quien las juzga, pueden ser o no consideradas obras de arte de buena o mala calidad, son, antes que nada, documentos de que sus autores se valieron para dar per-

manencia a sus concepciones del hombre y del mundo, mediante un sistema de signos. Éstos, creados inicialmente por los olmecas, fuente de esa cultura nuestra, fueron variando en forma, pero guardaron permanentemente su significado esencial. Expresaron de continuo el papel central del hombre en el mundo; su alianza con el poder divino en el acto de la creación; su asunción del deber de preservar lo creado y subirlo a su posible perfeccionamiento.

Vista bajo esta luz, la imagen en cuestión viene a manifestarse como un eslabón entre las expresiones olmecas y las que siguieron en el tiempo a las teotihuacanas.

Compárese, así, la posición del rostro de esta imagen con el de la figura central del Altar 4 de la Venta (fig. 2). Bien perceptible se hará su semejanza: el mentón de ambos queda a la altura del pecho; bajo él, en ambos, un curvo collar; sobre ambos, una superficie horizontal, en cuyo centro está el signo de la V.

Mírese el rostro mismo: el fuerte y abultado entrecejo, característico de las Cabezas Colosales todas; el ancho de la nariz, que aquí iguala casi la longitud de la boca; el grueso del labio superior, hendido en su centro, formando así dos partes, como en las Cabezas Colosales 5 de San Lorenzo (fig. 3) y 3 de La Venta (fig. 4).

Y véanse luego pormenores como los cuadrados dispuestos en la falda; su disposición y su aspecto no podrán dejar de recordar los de aquellos colocados bajo el llamado piso de mosaicos del mismo sitio olmeca (fig. 5), y que Luckert ha demostrado reproducen el diseño natural de las escamas en el cuerpo de la víbora de cascabel.

Signo también serpentino, éste teotihuacano ya, es la estriada franja que da borde a la falda y el huipil de la imagen en cuestión, y que se advierte en el borde de las cejas serpentinas en las representaciones correspondientes del Templo de la Serpiente Emplumada (fig. 6).

De esta suerte, se evidencian en esta imagen combinados elementos del ser humano y el ofidio. Yendo de arriba abajo, la

hendedura en V que recorre lo alto del tocado, y que simboliza el encuentro de dos bífidas lenguas que se juntan; el labio superior hendido, que hace el lugar para que se busquen una a la otra dos cabezas de serpiente; la curvatura serpentina y la franja extrema del huipil, como ceja ofidia; los cuadrados de la falda a la manera de la piel de la sobredicha víbora de cascabel.

Y todos estos rasgos se hacen patentes en una figura eminentemente humana: la de una mujer, como lo revela la naturaleza de sus atavíos.

Ahora bien, los signos que revelan el sentido de la imagen, radican esencialmente en su rostro y su tocado: en el labio superior, las dos serpientes, los principios divinos unidos a la forma humana, en forma de serpientes, a fin de consumir la creación del mundo; la hendedura cimera en V, figuración de las lenguas cuyas cabezas se enfrentan en el labio antes dicho. Los restantes signos serpentinos no hacen sino reforzar el significado de los primeramente descritos.

Esta imagen es, así, representación del acto inicial, causa del nacimiento del mundo.

Y tal representación toma por motivo una forma de mujer. Lo mismo habría de acontecer más tarde, cuando los aztecas dieron presencia a la mal llamada imagen de Coatlicue.

FIGURAS

Fig. 1 Imagen de Chalchiuhtlicue

Fig. 2 Altar 4 de La Venta

Fig. 3 Cabeza Colosal 5 de San Lorenzo

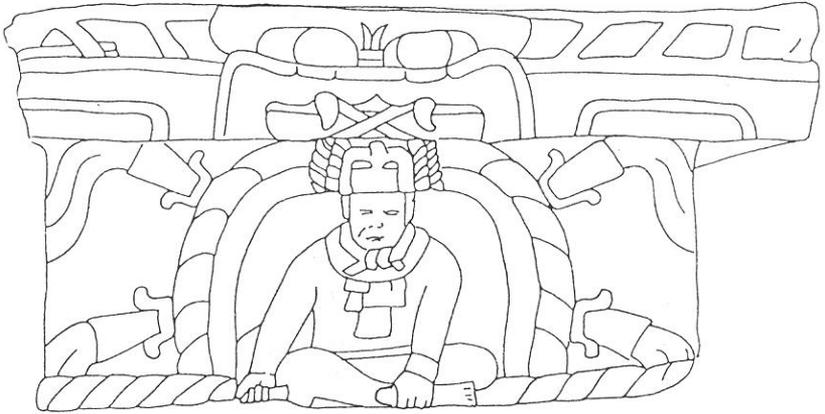
Fig. 4 Cabeza Colosal 3 de La Venta

Fig. 5 Piso de mosaico. La Venta

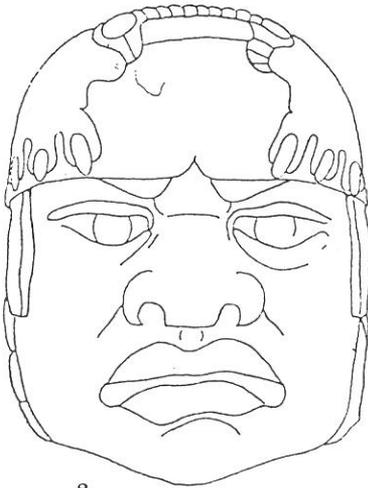
Fig. 6 Ceja de serpiente teotihuacana (Templo de Quetzalcóatl)



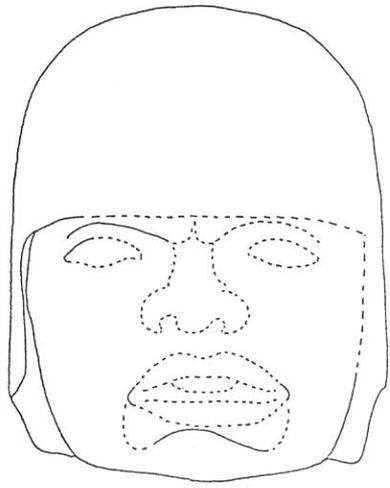
1



2

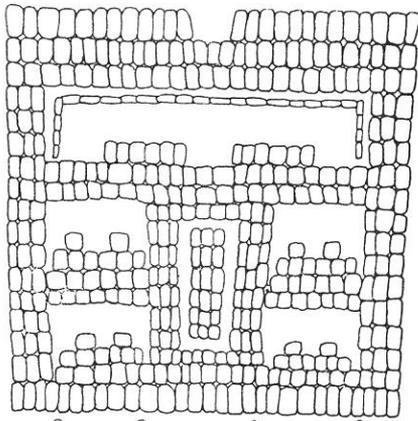


3

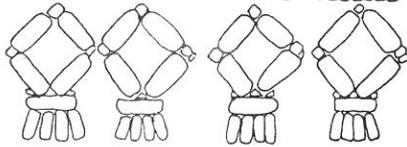


4

9



5



6

